

extranjero quien nos dicte nuestro deber; no intervendremos en los asuntos de nuestros vecinos, pero tampoco permitiremos que el vecino se mezcle en los nuestros. Somos críticos de nosotros mismos, tanto como de los demás; pero al mismo tiempo tolerantes y decentes. Y consciente, viril y dignamente seguiremos la vía que nos hemos trazado por voluntad propia.

"Yo estimo que es ésta una de las rutas por las cuales Europa, en los tiempos futuros, podrá salir de la tensión y del caos, y unirse y armonizarse, porque las leyes de la evolución servirán de norma a la situación interior de cada Estado.

"Tengo fe en todo ello y aplico mis energías a esta tarea con todo mi empeño. A vosotros que constituís la joven generación, pido que marchéis con nosotros, con nuestro Gobierno, unidos dentro de este espíritu democrático. Creo que triunfaremos en esta grande obra: la obra de la paz y de la evolución tranquila de Europa".

El diario "České Slovo", al reproducir íntegramente este discurso, que además había sido ampliamente difundido por las estaciones de radio, añade estas palabras:

"Fueron los conceptos del Presidente Benes de una gran cordura y así como él lo sugiere, debemos marchar todos, en interés del Estado y de sus días por venir".

Central European Press.—Checoslovaquia.

## Descartes y Claudio Bernard

Por NERIO ROJAS

ESTE año se ha cumplido el tercer centenario de la obra cumbre de René Descartes. Como es notorio, con el significativo título de *Discurso del método para guiar bien a la razón y buscar la verdad de las ciencias*, el gran filósofo la publicó en Leyden en 1637. Y apareció en su idioma "patrio", en francés, "lengua vulgar", y no en el latín de los doctos, porque esperaba "que quienes no se sirvan sino de su poca razón natural juzgarán mejor de mis opiniones que los que sólo crean en los libros antiguos". Tal actitud, acorde, por lo demás, con su posición intelectual más característica, implicó una beligerancia iconoclasta. Como todo espíritu creador, fue de hecho un revolucionario. Su famoso *Discurso* define el instrumento lógico con el cual construyó sus obras ulteriores. El año 1637 fue decisivo en su producción. Por eso uno de sus biógrafos lo ha fijado como límite separador de las dos épocas de su existencia. El no significó un simple dato de cronología, sino un acontecimiento de la historia. Marcó un período de su propia vida y gestó el desarrollo de la inteligencia moderna. En esa fuente pura y fecundante bebieron, a veces sin saberlo, su ansia de conocimiento tres siglos de ciencia y de filosofía.

Esto explica que su influencia se haya hecho notar también en medicina. Y es evidencia de ello el caso de Claudio Bernard, el gran fisiólogo. Es sabido que Descartes estudió mucho la fisiología, la psicología, los mecanismos del cuerpo humano y animal y efectuó numerosas investigaciones y experiencias sobre estos problemas. Creía en la medicina y admiraba sobre todo las posibilidades de su porvenir. En ella afirmó su confianza para hacer mejor al hombre y escribió palabras que anticiparon en tres siglos el optimismo de Metchnikof. En cambio, era un tanto pesimista respecto a los médicos y tenía para sí mismo ciertas normas terapéuticas naturales. Y así en 1650, ya mortalmente enfermo bajo el invierno de Estocolmo, discutía con sus médicos suecos y se negaba a la sangría, diciéndoles con intencionada ironía de escéptico: "Señores: economizad la sangre francesa".

En este aspecto del pensamiento de Descartes, lo esencial consiste en la influencia de su método. En nuestros días resulta ya secundario analizar con foco técnico sus ideas sobre tales o cuales funciones del organismo. Y hasta sería un poco ingenuo o pedantesco. Puede resultar de sentido pintoresco o de valor histórico glosar en la actualidad sus comprobaciones sobre la circulación de la sangre después de las de Harvey, o sus teorías sobre el movimiento y "los espíritus animales", o sus estudios sobre las pasiones, con los cuales postula la dirección de la psicofisiología, o sus opiniones sobre la fisiología del cerebro y en especial de la glándula pineal, entonces tan misteriosa, "glándulita situada cerca del centro de la substancia del cerebro, muy a la entrada de sus concavidades".

Entre la profusa paja de todo esto, la crítica actual podría apartar algunos pocos granos. Pero no es esa discriminación lo interesante ni lo que ahora intento destacar. Según es ya evidente en otros aspectos de la obra de Descartes, lo valioso ha sido su "método" más que sus conclusiones. Lo que le ha dado jerarquía inmortal ha sido, sobre todo, su posición de desconfianza para encontrar la verdad. La duda es lo primero ante ella. Pero es sólo una duda provisional, una especie de cuarentena de las ideas. Por ese camino se puede llegar a la evidencia de un conocimiento exacto. Ella es, pues, una actitud paradójicamente escéptica y creadora. Ella da las "reglas para la dirección del espíritu" al investigar la verdad. Hay pues, un "método" de trabajo. Pero si éste deriva de premisas filosóficas, implica a la vez una norma científica. La filosofía, como un índice rector, marca el camino de la ciencia. El metafísico es al mismo tiempo el sabio. De ahí la enorme trascendencia de Descartes para la ciencia moderna. Y ello esclarece su influencia científica en múltiples aspectos. De este filósofo deriva buena parte de la obra de Claudio Bernard. Hay un cabal paralelismo entre el "mé-

todo" sostenido por el pensamiento cartesiano en el ámbito de la filosofía y el "método" practicado por Claudio Bernard en el campo de las investigaciones fisiológicas. Ambas parten de la duda como condición previa para alcanzar la certidumbre sobre los hechos y las ideas. Y con esa actitud táctica y cautelosa, el primero funda en el siglo XVII la nueva filosofía y el segundo crea en el siglo XIX la nueva medicina. *El Discurso del Método*, de aquél, en 1637, es el antecedente necesario de la *Introducción al estudio de la medicina experimental*, de éste, en 1865. Si de Descartes dijo Hegel: "es el fundador de la filosofía moderna", de Claudio Bernard, repitió Paul Bert: "no es solamente un fisiólogo, es la fisiología".

A pesar de sus diferencias, estos dos franceses ilustres tuvieron notorias semejanzas psicológicas. Ambos, siendo jóvenes, tuvieron gustos y aficiones literarios, especialmente poéticos. Descartes lo recordó después al explicar la evolución de su espíritu: "Estimaba mucho la elocuencia y estaba enamorado de la poesía". Claudio Bernard llegó a más, compuso una tragedia en verso e hizo representar una comedia "con algún éxito en un pequeño teatro de Lyon". Pero ambos abandonaron radicalmente tales propensiones. El futuro filósofo dejó las musas porque buscaba algo de mayor certidumbre y evidencia a su espíritu matemático. El futuro médico las abandonó porque un maestro de la Sorbona le aconsejó "aprender un oficio para vivir, sin perjuicio de hacer algo de poesía a otras horas", y así encontró en la fisiología su verdadero terreno.

En ambos también fue análogo el proceso psicológico que los llevó a encontrar las normas lógicas de su pensamiento y de su acción. Los dos se refugiaron para ello en la soledad y la meditación, y así descubrieron la luz orientadora de métodos semejantes. Descubrieron o inventaron, pues en este linaje de esfuerzos a menudo se ignora cuánto hay de hallazgo y cuánto de creación. Y es significativo que los dos, buscando una razón impersonal, entre reflexiva e intuitiva, la encontraran en sí mismos en un aislamiento meditativo. En Claudio Bernard, su famosa *Introducción* fue el producto de una muy larga enfermedad que lo obligó a recluirse en su terruño provinciano, donde "por primera vez tuvo el tiempo de meditar y de poner en orden, en el papel, el resultado de sus reflexiones solitarias". En Descartes, su fecundante *Discurso* empezó a germinar en Alemania, donde, inquieto por su débil constitución, "permanecía, según dice, todo el día encerrado, solo, en una estufa en que tenía el descanso de entretenerme con mis pensamientos", y terminó de madurar años después en su deliberado aislamiento de Holanda. Y si esa iluminación casi mística en la soledad resulta explicable en el fisiólogo de existencia serena, es más significativa en el filósofo de vida trashu-

mante. Salvo lo del genio, de Descartes no puede decirse lo de Faguet sobre Kant: "Il ne lui est rien arrivé que d'avoir du génie".

La filiación cartesiana del "método" de Claudio Bernard es evidente. Las "largas cadenas de razones", los cuatro preceptos fundamentales de la lógica y la investigación de Descartes, aparecen bajo diversas formas en las reglas de la crítica y el "determinismo experimental" de Claudio Bernard. Ambos parten de la duda previa y provisional para desarrollar toda su obra. La de los dos es una "duda universal". Es una posición modesta, pero valiente. "Para examinar la verdad es necesario, una vez en la vida, poner en duda, en tanto que sea posible, todas las cosas", dijo el filósofo. "El experimentador debe dudar, huir de las ideas fijas y conservar siempre su libertad de espíritu"; "la regla única y fundamental de la investigación científica se reduce a la duda", dijo el fisiólogo. El desenvolvimiento lógico de esta idea fue amplio y reiterado en los dos, hasta resultar un rasgo característico. Y para no renegar de su abolengo, Claudio Bernard lo confiesa al decir: "Cuando Descartes parte de la duda universal, da preceptos bastante más prácticos para el experimentador que los dados por Bacon para la inducción. Hemos visto, en efecto, que es sólo la duda lo que provoca la experiencia; es la duda, en fin, lo que determina la forma del razonamiento experimental".

Pero la duda integral puede comportar la inacción o la esterilidad cuando termina en el escepticismo. Y ellos, al defenderse, nos defienden contra el riesgo de ese roedór intelectual. Por ello en el *Discurso* se lee: "No por eso imitaba yo a los escépticos que dudan por dudar solamente y fingen ser siempre irresolutos, sino al contrario, teniendo siempre ese propósito, todo mi designio era el de quitar la tierra movediza y la arena para descubrir la roca o la arcilla". Por lo mismo, en la *Introducción* se lee: "El escéptico es aquel que no cree en la ciencia y que cree en sí mismo; cree lo bastante en él para osar negar la ciencia. El dudador es el verdadero sabio; no duda sino de sí mismo y de sus interpretaciones, pero cree en la ciencia".

Por eso la duda en ellos no es un fin. Es el paso de un viaje intelectual con boleto de ida y vuelta. Es una duda creadora. Si Descartes llega por ella al *Cogito*, arranca a su vez de éste en sucesivas afirmaciones. Si Claudio Bernard desconfía de los hechos y las ideas, propone el método experimental como brújula orientadora. Porque ambos, como extraviados primero entre el misterio del mundo, buscan una guía para la certidumbre. El peor riesgo es caer en el error y ello es frecuente. Descartes admira la lógica matemática y relacionando todo con ciertas ideas primarias, propone la evidencia de la propia intuición como criterio de la verdad. Claudio Bernard es atraído por las ciencias biológicas y ansiando para ellas mayor exactitud, propone el



rigor objetivo de la experimentación como control de nuestras ideas.

Los dos aconsejan así una simbiosis lógica entre el pensamiento y los hechos. El uno parte de la filosofía y proyecta a las cosas la evidencia intuitiva de su conciencia; el otro parte del determinismo experimental y proyecta a su conciencia la evidencia enseñada por los hechos. Pero ambos rechazan toda idea *a priori* y trabajan con análogo andador intelectual. El primero se ocupa así en metafísica y de ella desciende a la fisiología. El segundo se ocupa en medicina y se detiene en los umbrales de la metafísica. Pero si el filósofo es espiritualista, gusta sin embargo de la experimentación, llama "su biblioteca" a los cadáveres de animales donde estudia y afirma complacido haber hecho en su vida muchas experiencias. Por su parte el fisiólogo, si crea y practica el rigor experimental buscando la luz de los hechos y con ese método revoluciona su materia, y descubre datos fundamentales sobre las funciones del organismo humano, no olvida jamás el valor primordial de la razón. En estos aspectos, no obstante su aparente contradicción, los dos genios se encuentran de nuevo.

Y es sorprendente y al mismo tiempo aleccionador, que Claudio Bernard, fisiólogo casi materialista, atiborrado de ciencia de laboratorio, insospechable en su rigorismo objetivo, creador de la "medicina experimental", no cayera jamás en la superstición pseudocientífica de la primacía de las cosas. En reiterados pasajes y variadas formas lo dijo como una advertencia. Sostuvo que "el único criterio real es la razón"; "un hecho no es nada por sí mismo". Y si tuviéramos alguna duda, basta meditar sobre este pensamiento suyo, todo impregnado de cartesianismo: "las más grandes verdades no son en el fondo sino un sentimiento de nuestro espíritu".

También se asemejan cuando analizan las causas de nuestros errores. Descartes cree en la eficacia de nuestro entendimiento y atribuye aquéllos a que éste es deformado, mal empleado por nuestra voluntad libre. Claudio Bernard cree en la eficacia del método experimental y los atribuye a precipitaciones de nuestra pasión. La causa de error en filosofía o en ciencia se reduce, pues, para ambos, en un mal empleo de nuestra razón.

Con todo, aunque los dos practican y aconsejan un "método" para investigar, ninguno cree que con él pueda bastar y destacan el valor esencial que cada hombre significa en toda labor. Por eso tanto en el *Discurso* como en la *Introducción* hay muchas páginas autobiográficas, a manera de historia psicológica. Y así, en aquél se lee: "Mi designio, pues, no es enseñar aquí el método que cada cual debe seguir para dirigir su razón, sino hacer ver de qué manera he procurado dirigir la mía". Y en la segunda: "El método experimental no dará, pues, ideas nuevas y fecun-

das a quienes no las tengan; servirá sólo para dirigir las ideas en quienes las tengan". Y todavía en el libro del médico hay esta alusión al positivismo: "El método por sí mismo no genera nada y es un error de ciertos filósofos el haber acordado demasiada potencia al método en este aspecto".

Ambos pensadores se apartan, sin embargo, en varios puntos. Y desde luego en uno fundamental: la metafísica. Descartes es un filósofo integral y abarca la física y la metafísica. Esta última, en cambio, es ignorada por Claudio Bernard, que en ese campo de las causas primeras y la esencia de la realidad es escéptico y modesto. Cree que son verdades inaccesibles y prefiere quedarse en el ámbito de la ciencia, en cuyo poder confía. Pero esa divergencia es fácil de comprender. Entre ambos han pasado más de dos centurias. Se ha enseñoreado por entonces la ciencia. En el mundo de las ideas se han producido dos acontecimientos: el ambidextro Kant con sus dos "críticas" y el semiagnóstico Comte con su positivismo.

A pesar de la notoria influencia de Descartes en todo el pensamiento moderno, su resultado en Claudio Bernard no es suficientemente conocido. Este último cita apenas tres veces a aquél en su *Introducción*, y aquella afinidad no fue destacada por él ni siquiera en ocasiones propicias, como sus discursos de recepción de la Academia Francesa y al presidir una reunión solemne de las cinco academias del Instituto. Aquella filiación ha pasado sin comentario para críticos sagaces. En cambio, Bergson la anotó breve pero ciertamente, cuando cierta vez dijo, refiriéndose a las "ciencias de laboratorio": "Claudio Bernard contribuyó a estas investigaciones concretas con la fórmula de su método, como otrora Descartes lo hizo respecto de las ciencias abstractas de la materia. Su *Introducción* a la medicina experimental es, en cierto modo, para nuestro tiempo, lo que fue para el siglo XVII y el XVIII el *Discurso del Método*".

Ciertamente, revelar la proyección filosófica y la ascendencia cartesiana de sus doctrinas le habría sido grato a Claudio Bernard, que amaba el espíritu filosófico, aunque practicaba el método experimental; que propiciaba una unión de la ciencia y de la filosofía y que en las últimas páginas de su obra famosa, elevándose en las perspectivas de una visión general, afirma: "La filosofía, tendiendo sin cesar a subir, hace remontar la ciencia hacia la causa o la fuente de las cosas. Le muestra que fuera de ella hay cuestiones que atormentan a la humanidad y que ella no ha resuelto todavía". Por lo demás, las vinculaciones que aquí he destacado muestran una vez más la importancia práctica o científica que siempre, tarde o temprano, tiene el esfuerzo abstracto de los filósofos, esos seres excepcionales que fusionan en sí al sabio y al poeta.

Buenos Aires.